

J. L. SILVA



LOS
MADRILES

Diputación Provincial
de Madrid

Biblioteca

Reg.

9.870

Vols.

F. de Perles

Sig.

Mad. 630

Age 1045

150

A-997

R
9870

LOS MADRILES



No. 23.

J. LÓPEZ SILVA

LOS MADRILES

CON UN PRÓLOGO

DE

DON JACINTO OCTAVIO PICÓN



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1896

Esta obra es propiedad
del autor.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.



Al Excmo. Sr. D. José Cana-
lejas y Méndez.

En prueba de respeto y cariño

J. López Silva.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Prólogo	XI
Autobiografía.....	I
El milano y la paloma.....	9
Sobre el honor.....	17
El día del Santo.....	23
¡Oh, el trabajo!.....	31
Gajes del oficio.....	37
Un político.....	45
Sermón perdido.....	53
Un genio fuerte.....	59
Nuestros mendigos.....	67
Uno de tantos.....	73
Interrogatorio.....	77
Sobre el honor.....	85
En el puente de Toledo.....	93
Patriotismo.....	97
Chulaperías.....	103

	<u>Páginas.</u>
Un día de lluvia.....	109
La educación.....	117
Nuestros aficionados.....	127
El día de Reyes.....	137
Poesía pura al alcance de cualquier chico de letras...	139
Un mal día.....	143
Un crítico.....	149
Una conquista.....	155
Las comadres.....	163
Juicio de faltas.....	169
Á la Bombilla!.....	175
Nuestros artistas.....	181
Carta abierta.....	189
Las tertulias al aire libre.....	197
¡Un buen amigo!.....	203

PRÓLOGO

Hace poco más ó menos un año, al saber que López Silva pensaba publicar un nuevo tomo de estos cuadros de costumbres que pinta con tantísima gracia, le prometí escribirle un prólogo. No recuerdo si él me indicó que lo deseaba ó si fué mía la idea; pero debió de suceder esto último, porque desde las primeras obras suyas que leí soy uno de sus admiradores más convencidos: al ofrecerle unas cuantas cuartillas para *delantal* de su libro, como nuestro gran Quevedo llamaba al prólogo, no hacía más que pagarle los buenos ratos que la lectura de sus versos me había proporcionado. Además, declaro que mi oferta estaba fundada en un poco de egoísmo, y justo es que quien pecó de presuntuoso y atrevido lo confiese y hasta lo pague. Me pareció que

dada la índole de los trabajos de López Silva, la ocasión era pintiparada para lucirse escribiendo algunas páginas que pudieran ser muy entretenidas y amenas acerca de nuestra antigua literatura picaresca y sus mejores cultivadores en prosa y verso, de los cuales creo que desciende en línea recta el autor de *Pérez, El meeting* y *El día de Difuntos*.

Y en verdad que hubiese sido interesantísimo el estudio de los tipos y caracteres, más ó menos morales, pero deliciosamente artísticos, que aparecen retratados en nuestras mejores novelas y en nuestros romances más populares, como, por ejemplo, la *Trotaconventos*, del Arcipreste de Hita; el *Parmenio y Sempronio*, de Fernando de Rojas; el *Sigeril*, el *Rampín*, la *Lozana* y el *Bru-mandilón*, de los imitadores de la *Celestina*; muchos tipos que figuran en el *Lazarillo*, *Guzmán de Alfarache*, *Don Gregorio Guadaña*, *La niña de los embustes*, *El bachiller Trapaza*, *La Gardu-ña de Sevilla*, *Marcos de Obregón*, *Alonso mozo de muchos amos*, *El gran tacaño*, *La Pícaro Justina*, y, en una palabra, todo el ejército de aventureros, pillos, holgazanes, tramposos, falsos mendigos, doncellitas andantes, alcahuetas y busconas que conocieron é inmortalizaron nuestros más regocijados ingenios, desde la época de

los primeros cancioneros hasta que Cervantes creó las figuras, por nadie superadas, de *Monipodio*, *Rinconete*, *Cortadillo* y de aquella niña *Esperanza*, que sabía «alabar al necio, celebrar al discreto, acariciar al rico, desengañar al pobre, ser ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en la cama».

Indudablemente, entre toda esa turba multa de gente perdularia están los antepasados de la chulería pintada por López Silva, el cual es para ella tan buen biógrafo y cronista como lo fueron los poetas y prosistas de antaño para la morralla de entonces; y hubiera sido interesantísimo—aunque superior á mis fuerzas—el estudio de los procedimientos y maneras con que nuestros grandes escritores retrataban á la hez social de su siglo, para probar á continuación que López Silva se les parece muchísimo en la perspicacia al observar, la intuición al presentir y el gracejo en el hablar.

Mas cuando fuí á poner manos á la obra quedé convencido de dos cosas: la primera, que me engañó mi buen deseo y que no sabía yo hacer tan bien y tan presto como las circunstancias exigen trabajo que ha menester tanta rebusca de datos, antecedentes y justificantes; la segun-

da, que un prólogo de esa índole sería impropio de un libro como éste.

Á no estorbarlo ambas consideraciones, no me quedara yo sin desenterrar episodios de novelas, trozos de romances, fragmentos de canciones, escenas de comedias y diálogos de entremeses, cuya lectura demostrase que nuestra literatura picaresca ha tenido por base el reflejo fiel y minucioso de la realidad mediante la más completa libertad de expresión; es decir, que los escritores hoy citados como modelos contaban lo que veían, poniendo en boca de sus personajes el mismo lenguaje que se oía por las calles, plazuelas, corrales y mentideros. Y claro está que quien en seguida leyese media docena de composiciones de López Silva, comprendería cuánta razón tenemos los que le consideramos como un poeta de indiscutible mérito y de pura raza española.

No faltará quien diga que sus obras pecan de frívolas y triviales en lo que se refiere al fondo, y aún más de libres y descaradas en lo tocante á la forma.

La primera acusación carece de fundamento, porque en arte no se debe clasificar ni considerar las producciones del ingenio según la aparente gravedad ó alteza de los asuntos que tratan, sino con arreglo á la emoción que produ-

cen. Una tragedia fundada en los amores de Filobia y Perseo, que robó para ella los tesoros del templo de Delfos, puede ser rematadamente mala, y una escuela de barberos que hay en Madrid, cerca de la Morería, puede dar ocasión á un entremés ó un romance que sea un saladísimo cuadro de costumbres.

La afirmación de que López Silva es demasiado atrevido en el empleo de palabras, y aún más de frases picantes, supone el desconocimiento de las costumbres que retrata ó exige una pusilanimidad y exceso de pulcritud que las falsearían por completo: así como dijo un gran historiador, refiriéndose á la púrpura y majestad real, que «es condición de las llagas no dejarse manejar sin dolor y sangre», así puede decirse también que no hay modo de andar entre pícaros sin que su desvergüenza saque el rubor á los rostros, lo cual no puede menos de ser altamente moralizador y ejemplar, porque quien se ruboriza sólo por palabras atrevidas, más repugnancia sentirá ante los hechos feos y pecaminosos. Con más desparpajo que López Silva escribieron autores tan graves y sesudos como Jorge Manrique, que quería ver á una dama

*las haldas todas delante,
las nalgas todas de fuera,*

y D. Diego Hurtado de Mendoza, que hizo el *Elogio del cuerno* y la *Fábula del cangrejo*.

De lo que nadie puede tachar al autor de Los MADRILES es de faltar á la verdad y verosimilitud en lo que pinta y describe.

¿Quién, que conozca la vida del pueblo de Madrid, en su condición más baja y miserable, dejará de confesar que es como él la retrata? Y luego, á pesar de la gracia que rebosan sus versos, ¿quién no pensará algo en aquella pobre gente cuyos chistes tienen por base la ignorancia y cuya existencia es una lucha á brazo partido con la miseria?

Tú que me lees, y acaso desconfías de lo que digo, si no eres madrileño ó si has nacido tan en alto que desconoces la escoria de la vida social, haz esta prueba. Párate á oír un diálogo entre mozuelas desharrapadas de las que ofrecen décimos, y muchachos vagabundos de los que venden periódicos; entra en los figones donde comen el encuartero del tranvía y el mozo de la esquina; echa un párrafo con el granujilla que baja al redondel cuando hay novillos; escucha lo que en calles excusadas dicen á los organilleros las bagasas y coimas que les echan cuartos desde los balcones para que con la polka ó el vals de moda alegren un par de minutos su vergonzosa prisión;

cuélate por entre los grupos de un mercado en día de motín contra asentadores y acaparadores; mira los puestos de las *Américas* donde se venden las *gallinejas*, los buñuelos fríos de la víspera y el queso agusanado; date un domingo un paseo por barrancos y desmontes más allá de las rondas; sigue una noche de invierno al miserable *golfo* que para dormir se acurruca á ras de tierra, junto á las rejillas de las cocinas bajas, abrigándose con el vaho que despiden los fogones... lee después un par de silvas y romances de los contenidos en *Migajas*, *Los barrios bajos* ó en este tomo, y dime si toda esa desastrada y desventurada ralea no anda por sus páginas y se mueve en sus versos.

El vigoroso contraste que forman lo triste de su situación y lo alegre de su lenguaje es una mina de inagotable gracia. Comen poco y malo; beben lo que pueden, y siempre de lo peor; su traje es por mitades de agujeros y remiendos; su capa, el sol; su porvenir, el hospital; y, sin embargo, hablan constantemente con tal desprecio de lo divino y de lo humano, con ideas tan suyas, con juicios tan propios, barajándolo, comparándolo y comentándolo todo con un desenfado y una sal, que en medio de su envilecimiento son dichosos, y á pesar de su corrupción están

alegres. ¿De qué hablan? De lo mismo que los que tienen el pan y el lujo asegurados. De política, de cuestiones sociales, de amores, de crónica escandalosa, hasta de puntos de honra; y de sus labios brotan toda clase de frases, desde la burla sucia y grosera hasta la observación profunda, desde el chiste soso de puro inocente hasta el comentario injurioso que levanta roncha. Su lenguaje es un castellano á veces puro y clásico, á veces corrompido y viciado, lleno de modismos, incongruencias y *timos* en que la gramática queda hecha trizas; tan pronto hacen gracia como dan asco; pero siempre están vivos: no son pálidas figuras literarias concebidas y hechas en la soledad del gabinete: son hombres y mujeres de carne y hueso, tipos arrancados á la realidad con la rapidez y la precisión de un aparato de hacer fotografías instantáneas.

Este es, sin duda, el mérito principal de López Silva: sus chulos gandules, sus borrachos lenguaraces, sus granujas insolentes, sus comadres chismosas y sus mozas raídas piensan, discurren y hablan como los que andan por las calles. Hasta la soltura y facilidad de la versificación desaparecen bajo la frescura y espontaneidad que palpita en los diálogos, muchos de los cuales, á pesar de las trabas impuestas por el me-

tro y la rima, parecen tomados por un fonógrafo.

En lo que se refiere á planear un cuadro literario de cierta extensión y darle forma dramática, hay quien le supere, pero en hacer hablar á sus personajes no hay quien le aventaje.

Ahora—para concluir,—como los buenos amigos tienen derecho, y hasta deber, de decir verdades, aunque suelen pagarlo perdiendo el afecto que estiman, voy á indicar el defecto, el error en que incurre López Silva.

Pinta admirablemente la escoria, la hez, el hampa de Madrid... y en Madrid hay más. Junto á la chulapería y gentuza hay virtud y hombría de bien, junto al rebajamiento y la podre hay alteza y poesía. Siga en buen hora presentando ratas, gandules, *chupacharcos* y *estrozonas*, carne de presidio y galera, que si hace reir por su ingenio da pena por su condición; pero acuérdesse también alguna vez del menestral que sólo come de lo que trabaja y de la mujer que quiere á un solo hombre.

Tal es mi humilde opinión acerca de López Silva. Su esfera de acción es algo limitada—porque él quiere,—mas lo que se propone lo hace como nadie. Es hermano legítimo de Luis Quiñones de Benavente, de D. Ramón de la Cruz y de Ricardo de la Vega.

Pasará tiempo, vendrá la posteridad á justificar nuestras vanidades, y cuando se hayan olvidado nombres que hoy parecen envidiables, el de López Silva tendrá puesto seguro en las páginas de nuestra historia literaria.

Y aquí concluyo, porque quien pone prólogo largo á libro ajeno no ha de ser hablador, pesado y machacón, sino parecerse á la doncella diligente y discreta, que abre pronto la puerta del camarín donde espera la mujer hermosa y deseada.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Autobiografía.

Porque al Hacedor le plugo
nací, de varón y de hembra,
el cuatro de Abril del año
mil ochocientos sesenta (1)
(detalle que á mucha gente
le importará una lenteja,
pero que á mí se me antoja
que conviene que se sepa).
Mamá como maman todos
los que tienen experiencia
y saben llorar á tiempo
para que les den la teta;
con lo cual, en buena lógica,
claramente se demuestra

(1) Y uno.

que durante la lactancia
tuve muy poca vergüenza.
Fuí *débil* de pequeñito,
(¡quién habrá que no lo sea
si á salirle se dan prisa
dientes, colmillos y muelas!)
y crecí después, como es
natural que sucediera,
no tan sólo en estatura,
sino en maldad y en *etcétera*.
(Señalo esta circunstancia
de indudable transcendencia,
sólo para mis biógrafos,
en caso de que los tenga;
que los tendré, porque aquí
suele tenerlos cualquiera.)
Cumplí seis años, edad
á que todo el mundo llega,
si no tiene una desgracia
que le corte la carrera,
é ingresé en la Escuela Pía
de la calle de Hortaleza,
donde había un padre Blas,
todo amor y continencia,
que me puso muchas veces
el cuerpo como una breva,
bien por amor al estudio.

bien por sobrada obediencia,
ó bien porque el pobre padre
tuviera gana de *juerga*.
En aquella santa casa
cursé las primeras letras,
con una serie brillante
de calabazas rellenas,
que hoy figuran en el Foro
y en las Artes y en las Letras.
De muchacho hice novillos,
y aún los hago, si me dejan,
porque lo que bien se aprende
no se olvida aunque uno quiera.
Por la integridad del barrio
donde vi la luz primera,
por mi *Maravillas*, fui
punto fuerte en las pedreas
con el hijo del bombero
y el chico de la huevera,
y el *Pujitos* y otros varios
ciudadanos sin vergüenza,
pero que tenían sangre
de patriotas en las venas.
De aquellas luchas civiles
con ribetes de tragedia,
en que el contrario solía
zumbarnos la pandereta,

guardo con cariño inmenso
señales de antiguas brechas,
que más de cuatro aguerridos
generales las quisieran,
y por las cuales obtuve,
como injusta recompensa,
capones gubernativos
ó bofetadas paternas.

.....

Un día vió mi buen padre
que andaba mal de moneda
(defecto de que adolece
mucho gente en esta tierra),
y yo, que por gusto suyo
hubiera sido á estas fechas
arcipreste ó matutero
ó ministro de la Guerra,
convertíme de repente
de mozo libre en *hortera*
y troqué la honda y los libros
por el metro y las tijeras.
Como pájaro que pierde
la libertad que le alegra,
lloré yo mis desventuras
entre encajes y entre sedas,
y aunque era rica la jaula
que encerraba mis tristezas,

más pugnaban cada día
las pobres por verse fuera.
Doliéronse, por fortuna,
varias *pájaras de cuenta*
del cautivo pajarillo
y endulzáronle sus penas;
pero yo, que desde entonces
tengo arraigada la idea
de que el hombre se embrutece
si vive en clausura eterna,
dile un puntapié á la jaula,
y rompiendo mis cadenas
pude recobrar en parte
la perdida independencia.
Sentí entonces decidida
vocación por la Carrera
de San Francisco, catorce,
piso bajo de la izquierda,
donde alternando con *golfos*
diznos, aunque sinvergüenzas,
y con chulas poco tímidas,
pero mal habladas ellas,
aprendí á bailar mazurkas
y *chotises* y habaneras,
con todos los requisitos
que exigen las malas reglas.
Después, por amor al Arte,

dime á estudiar con paciencia
modistas, ribeteadoras
y sastras y cigarrereras,
hasta que, por suerte mía,
me echó el guante una morena
que en punto á fecundidad
se ríe de las conejas.
Hoy, gracias á estos estudios,
hago coplas y zarzuelas,
retratando como puedo
las costumbres de mi tierra,
y unas me resultan malas
y otras no me salen buenas.
Soy, porque así Dios lo quiere,
madrileño hasta la médula,
pero me cargan los chulos
y lo *cañí* me revienta
y huyo, como del demonio,
de la gente de taberna,
que, aunque lo mande el Altísimo,
no puede hacer cosa buena.
Jamás hago daño á nadie,
si á hacerlo no se me fuerza,
porque á pesar de mi aspecto
de rey de Sierra Morena,
tengo el corazón tan dulce
como una tórtola huérfana.

En literatura soy
un cangrejo con muletas,
pues necesito tres horas
para hacer una cuarteta,
y mis *circunstancias* físicas
resultan archiflamencas,
y, en opinión de mi madre,
son todas pura canela.
Conque aquí tienen ustedes
mi semblanza verdadera.
Si les pareciera larga,
pueden quedarse con ésta,
más concisa, de seguro,
pero no menos sincera:
*Soy propiamente lo mismo
que la casa de Astrarena,
que tiene mucha fachada
pero poquita vivienda.*

EL MILANO Y LA PALOMA

—¡Siempre sales con lo mismo!
—¿Pues con qué quieres que salga,
si hace más de mes y medio
que me estáis pudriendo el alma
las dos, tú con tus desdenes
y ella con su mala entraña?
—¡Desdenes!... ¡Qué cosas dices!
—Sí, desdenes, Cayetana,
porque te gozas haciendo
desprecio de mis palabras,
y ni mis penas te afligen,
ni mis fatigas te ablandan;
y mientras para mis súplicas
te sueles llamar *Andana*,
son para ti el Evangelio
las que entre eructos y babas

te hace esa bruja, que el diablo
echó al mundo en hora mala.

—Al fin y al cabo es mi madre.

—No puede serlo quien trata
de infernar nuestros amores,
buscando así tu desgracia.

—Es que me quiere, y sospecha
que vienes aquí con malas
intenciones.

—La conozco,
y eso en ella no me extraña
porque la mujer que tiene
su historia llena de lañas,
y además está bebida
por tarde, noche y mañana,
y lleva el seso en las botas
y el raciocinio en la espalda,
piensa como piensan todos
los bichos de su calaña.

—¡Que estoy yo aquí!

—Ya te he visto,
y no te pido las gracias,
porque yo por estas cosas
no acostumbro á cobrar nada.
¡Malas intenciones!... ¿Cuándo
ni dónde ha visto ella nada
feo en mí, para que crea

que atento contra tu fama?
Ni yo te pido imposibles,
ni quiero que tú los bagas,
porque, aunque cuando me miras
con esos ojos que abrasan
y siento arder en mis venas
el fuego de tus miradas,
la sangre se me alborota
v el corazón se me salta,
y las sienes me golpean
y el deseo me emborracha,
sé sujetarme los nervios
como el catecismo manda,
porque si yo no pudiera
comprimirme y tú faltaras
á tu deber, por mi culpa,
te juro que me mataba.

—¡Tampoco!

—Por estas cruces.

¡Malas intenciones!... ¡Papas!
Lo que ella quiere es un prójimo
que tenga dos ó tres casas
en buen sitio, con objeto
de que la pague las trampas,
y la quite del oficio
y la dé cada semana,
para su uso, una corambre

de vino tinto de Arganda.
Por eso te está diciendo
siempre que no tengo nada;
y sí tengo, porque el hombre
que es formal y que trabaja
y puede ser en la curia
algo el día de mañana,
sostiene en cualquiera parte
decentemente una casa.

Y sobre todo, á nosotros,
para vivir bien, nos basta
con una mesa de pino,
y dos sillas y una cama,
y un pedazo de libreta,
y un cachito de navaja
para quitarte del mundo
si te da una idea mala.

—¡Qué bruto eres, Ceferino

—No soy bruto, Cayetana;
lo que hay es que he visto mucho,
y sé, porque tengo práctica,
que las mujeres sois frágiles
y que uno está á la que salta,
y que cuando no se espera
mete el demonio la pata.

—¡Cuidao que estás hoy expédito!

—Bueno; mira, Cayetana:

tu madre me tiene entre ojos,
y aunque la hicieran tajadas
sé que no consentiría
nunca que tú te casaras
connigo. Quiere decirse
que porque le dé la gana
vamos á tener que estarnos
mirando las musarañas
hasta que Dios quiera hacernos
el favor de despenarla.

¿No es eso? Pues cuando al hombre
le obligan las circunstancias
y no tiene más remedio
que hacer una animalada,
debe hacerla por encima
de todo, si no es un mandria.
—¿Qué quieres decir con eso,
Ceferino?

—Casi nada.

¿Tú me aprecias?

—Ya lo sabes.

—¿Palabra de honor?

—Palabra.

—Pues si es verdad que me quieres,
el lunes vas á la Fábrica;
yo te espero á la salida
junto á la Veterinaria;

sales, te vienes conmigo,
te deposito en mi casa,
donde estarás de seguro
cien veces mejor guardada,
y cuando tu madre vea
que se acabó lo que daban
y que ya no hay quien la pague
los vicios que tú la pagas,
nos da su consentimiento,
si no por buenas, por malas,
y en seguida nos casamos
y aquí no ha ocurrido nada.
—¡Justamente! Y antes de eso
me camelas con tu labia,
luego vas y te diviertes
conmigo un par de semanas,
como has hecho con la Zoila
y la Higinia y otras pavas;
después me das la asoluta
y me envías á mi casa
con idea de que cambie
de aires una temporada;
y mientras me despellejan
los que conozcan la hazaña,
y me pone negro el cuerpo
mi madre por papanatas,
tú te quedas como siempre

riéndote de la gracia
y presumiendo en el barrio
de granuja.

—¡Cayetana!...

No me digas esas cosas
porque me partes el alma.

—Y tú no gastes saliva
porque conozco tus mañas,
y sé del pie que cojeas
y sé los puntos que calzas.

—¡Que te equivocas!

—Lo siento.

—¡Piénsalo bien!

—No hace falta.

—¡Mira que me muero!

—Al hoyo.

—¡Mira que te adoro!

—Gracias.

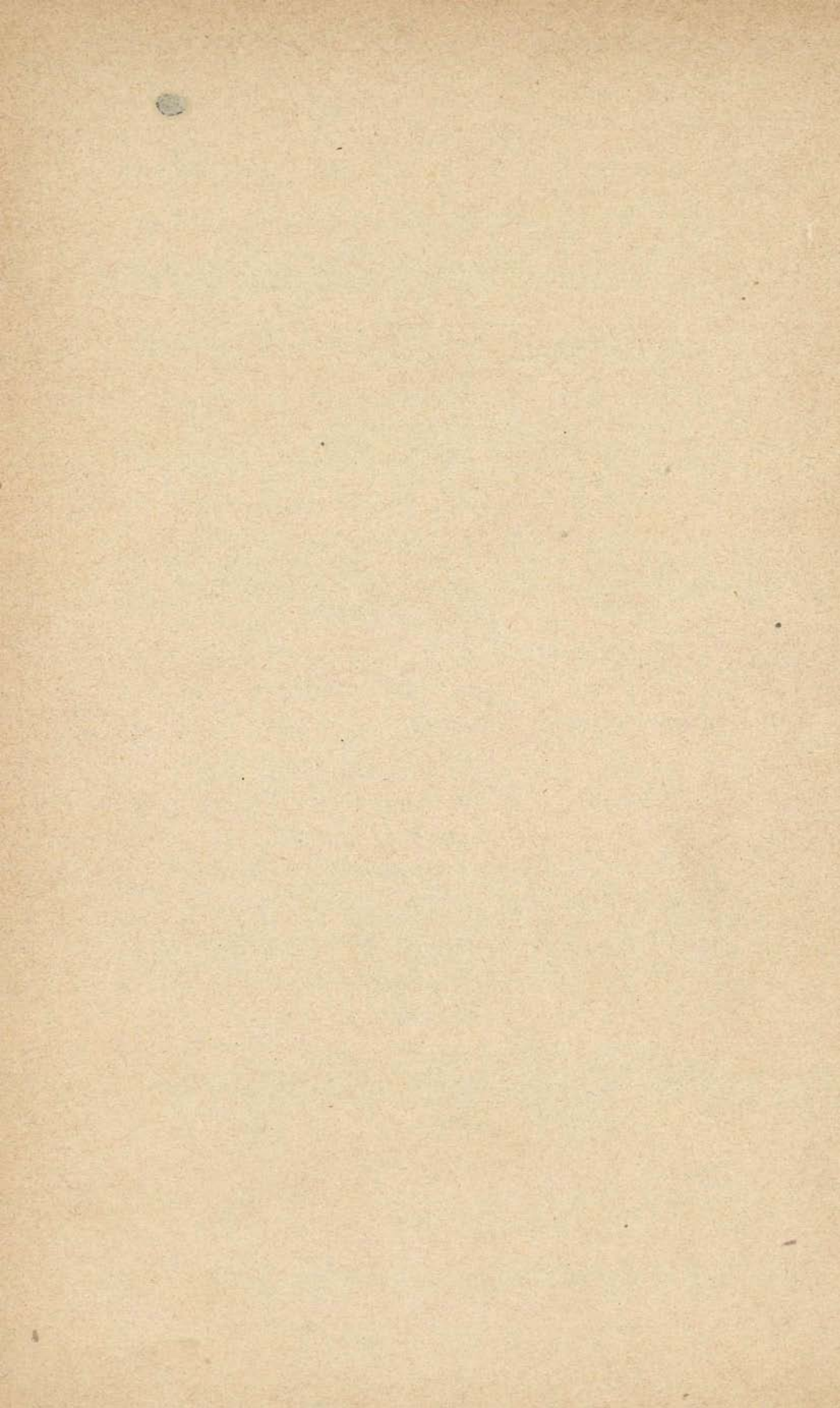
—¿De modo que no me sigues?

—No estoy tan desesperada.

—¡Bueno, pues tú te lo pierdes!

—¡Mejor, y tú te lo ganas!

Pero esta vez te ha salido
el tiro por la culata,
porque de mí no se ríe
ni tú ni toda tu casta.



SOBRE EL HONOR

—Supongamos que vas y que sorprendes á la Julia con otro de tu seso hablando de sus cosas en tu propio domicilio social, es un ejemplo, y que tú eres un hombre con vergüenza, probidaz, amor propio y lao izquierdo: ¿qué es lo que haces entonces, Severiano, si ves que te hollan el hogar doméstico? —Enfadarme.

—¡Pa chasco que empezaras á bailar la cachucha ú el bolero al verte difamao!

—Es que no dejas que acabe de omitir mi pensamiento. Digo que me enfadaba y en seguida ll amaba á la pareja, con ojezto de cortarles la ación y de que vieran

que este cura en jamás se mama el dedo.

—¿Y qué ibas á sacar en consecuencia obrando de ese modo?

—Lo primero ponerlos en ridículo delante de personas extrañas, Eluterio, y además, evitar el que la Julia me ensuciara otra vez el nombre.

—Y luego dar pie para que cuatro sinvergüenzas, de esos que gozan con el mal ajeno, además de llamarte Severiano te añidieran un mote de mal género, y para que después, al ver la Julia tu falta de carácter y de seso, continuara poniéndote hecho un asco el nombre y el honor.

—¡Anda salero!
¿Pues qué había de hacer? ¿Iba á matarla?

—¡Eso es lo natural y lo derecho, que pa limpiar la honra, si está sucia, no hay mejor quitamanchas que el acero!

—Es cuestión de carácter.

—¡De carácter!
¡Es cuestión de carácter y de...

—Bueno,
¿pa qué vamos á entrar en discusiones?



Si tú lo ves así, yo no lo veo.

—Pues no tienes vergüenza ni decoro,
ni eres hombre ni vales cinco céntimos.

—¡Cuidao con lo que dices!

—Lo que he dicho
te lo repito en cualesquier terreno.

—¡Hombre, bien! ¿Es decir, que si uno piensa
de otro modo que tú ya tiés derecho
pa inferirle un insulto y provocarle?

—No señor.

—¡Pues á ver!

—Es que yo aceto
que individual ú coleztivamente
se opine cualquier cosa con respeto
á religion, ú á toros, ú á marina,
ú á lo de la dizteria (vulgo el suero);
pero que un hombre, al parecer, que pasa
por la flor de lo guapo y de lo serio
se trague ciertas cosas con pacencia
y forme del honor ese conceto,
francamente, remueve, Severiano.

—¿Y qué le vas á hacer si ése es mi genio?

—¿Pero no te se sube á la garganta
toda la hiel que tienes en el cuerpo,
ni te se arde la cara de coraje
tan solamente de pensar en ello?

¿Ó has perdido la lacha en pocos días?

¿Ó es que no tienes sangre?

—Sí, la tengo,

y me da mucha rabia porque el azto es ofensivo, antilegal y onceno; pero de ahí á matar á una persona como á una res vacuna, por ejemplo, va mucha diferiencia. Y sobre todo, ¿qué saca el hombre con quitar de enmedio á la mujer adulta?

—¡Muchol!

—¡Ni agua!

Lo que sacó Quintín el cerrajero con mi hermana Cirila, que esté en gloria.

—¡Pobre Quintín!

—Quintín era un sujeto guapo, como el que más, por toos estilos, y honrao, trabajador y cincuspezto, sin otras afeciones que su fragua y su mujer, que le tenía ciego, porque ya sabes tú que la quería como quieren muy pocos, Eluterio.

—¡Así le dió ella el pago!

—También ella

era mujer de nobles sentimientos y adoraba á Quintín, pero la pobre tuvo una mala idea y otra luego, porque aquel indecente de Romualdo

(¡Dios le haiga perdonao!) la sorbió el seso,
y á pesar de que en varias ocasiones
como hermano la di sanos consejos
y la dije: «Ya que hagas ciertas cosas,
obra con seriedad y ten talento»,
dejó que se enterase todo el mundo,
y tú ya sabes lo que vino luego.
Vino que tu mujer fué con el chisme
al taller de Quintín, en el momento
más indicao pa que él se convenciese,
porque era fácil compruebar el hecho,
y que entonces Quintín cogió una faca,
cegao por la vergüenza y por los celos,
y loco de coraje salió echando
hiel por la boca y por los ojos fuego,
y...

—Ya sé lo demás: que al ver el pobre
su honor y su alegría por el suelo,
puso en la punta de la faca su odio
y los mandó abrazaos á los infiernos.

—¡Á traición!

—¡Claro está! Pues ¿qué querías?
¿Que el hombre hubiera andao con miramientos
en un caso como ése?... ¡Á los cobardes
se les mata á traición, como á los perros!

—Está bien, pero yo sigo en mis trece.
¿Qué adelantó Quintín con hacer eso?

Ir á presidio.

—Pero está en presidio
más honrao que otros muchos que andan sueltos.

—¡Pamplina pa el canario! Esas son cosas
de dramas y novelas, Eluterio,
pero no de la vida. Hoy el que tiene
tan siquiera un adarme d'e talento
hace la vista gorda. Yo conozco
más de cuatro individuos que lo han hecho,
y puedo asegurarte que da gusto
ver cómo están de gordos y de buenos.

—¿Y la mancha?

—¡Qué mancha ni qué música!
Tan manchao se está fuera como dentro
mientras no se descubra algo más práztico
que el jabón y la greda y el acero.

—Discurres poco más que una alpargata.

—En cambio tú discurre algo menos.

Es cuestión de carázter.

—¡De carázter!

Es cuestión de carázter y de...

—Bueno,

¿pa qué vamos á entrar en discusiones?

¿Tú aplaudes á Quintín? Pues buen provecho;
pero no gastes faca por si acaso...

—¡Ya sé lo que he de hacer!

—Es un consejo.

EL DÍA DEL SANTO.

—Vamos, ¿bajas ó no bajas?

—Mira, chico, la verdaz,
mi palabra que lo siento,
pero no puedo bajar.

—¡Paece mentira que un hombre
que está en la flor de su edaz
y que vive en el Portillo
de Gilimón, además,
se quede sin ir al Santo
y no baje á merendar
á la pradera en un día
como éste, máxime más
siende madrileño, leñe!
Y luego, ¿por qué? Por na.
¿Es que te duele algún órgano

por una casualidaz?

—No, Basiliso.

—¿Es que tienes
que dir á mangonear
al fielato pa que suba
la renta munecipal,
colando algunas corambres
de incóznito?

—No.

—¿Es que vas
á figurarte que diendo
con nosotros te se van
á caer las chalreteras
ó alguna cruz laureá?

—Tampoco. Es que está de cuerpo
presente la Soledaz,
la planchadora, y no quiero
dejarla desampará
pa que luego los del barrio
prencipien á mormurar.

—¡Viva la gracia! ¿Y á ti
qué te se importa?

—Velay.

—¿Es que te ha dao ella el ser?

—Tenía muy poca edaz.

—¿Era tu hermana ó tu prima
por un por si acaso, Isaaz?

—Menos.

—Sus tocabais algo?

—No nos tocábamos na,
pero era mujer legítima
de Manolo *el Federal*,
y la mujer de un amigo
cuasi lo es propia.

—Se dan
casos, pero eso depende
del grado de entimidaz
que haiga entre los dos amigos.

—Y luego, como además
estaban desapartaos
desde hace una temporá,
y él había hecho con otra
su pazto bilateral,
(porque pa eso está afiliado
al grupo del Pi y Margall),
resulta que la infeliz
no tiene en el mundo más
hombres que velen su féretro
que yo.

—¡Algún otro habrál

—Si lo dices con segunda,
retrátatè, porque estás
denigrando la memoria
de una mujer más honrá

que la Venus. En su casa
no han penetrao en jamás,
desde el día en que Manolo
deshizo el fiudo nuncial,
otros varones que yo
y el carbonero.

—Quizás.

—Y yo entraba de cumplido;
es decir, con equidaz,
porque aunque tengo franqueza
pa too con *el Federal*,
á su esposa la trataba
por encima nada más.

—Dispensa si te ha hecho daño
mi ojeción.

—¡No hablemos ya
de este asunto!

—Bueno.

—Y ahora
mencióname quiénes vais
al Santo, si es que no tienes
ningún aquél.

—¡Pues la mar!
¿Dices de señoras?

—¡Claro!

—Hombre, de señoras van:
Rufina la del *Cogollo*,

Ramona la *Fracturá*,
la *Pujitos*, Guadalupe,
la oficiala de Pascual,
la Inés y una chica nueva
de aquí, de la vecindaz,
con ca ojazo y con ca forma
que parece que está hinchá
talmente. En fin, cuasi todas
chicas esperimentás
en asuntos de meriendas,
y que te saben llevar
una broma de buen género.
Porque sabes que las hay
de esas que, en cuanto las pones
una mano encima, van
y se ofenden.

—Son las menos.

—Pero existen.

—En total,
¿cuántos vais de los dos sesos?

—Diez y siete.

—¿Y qué lleváis
de alimentación?

—Seis libras
de merluza rebozá,
dos tortillas y un cabrito.
El novio de la Pilar

lleva también un pellejo.

—¡Pa toos!

—Hombre, es natural.

—¿Sabes una cosa?

—¿Cuála?

—Que cuasi estoy por bajar
con vosotros.

—Gozarías

un porción, porque además
la madre de esa muchacha
de aquí, de la vecindaz,
me ha dicho, que si queremos,
que nos permite jugar
con su chica, siempre y cuando
que haiga cierta urbanidáz;
quiero decir, buenas formas.

—Buenas formas las habrá.
Lo malo aquí es la difunta,
que la tengo que llevar
esta tarde al Este, y no
va á poder ser.

—Tú verás.

—Me la llevaré mañana;
¿no te paece?

—¡Mira, Isaaz,
no vaya á echarse á perder!
—No se putrefaztará,

porque la pongo esta noche
donde haga fresco, y en paz.

—¿De modo que vas?

—¡Pa chasco!

—¡Á ver si luego no vas,
y te esperamos y ensucias
la combinación, Isaaz!

—¡Qué cosas tiés, Basiliso!

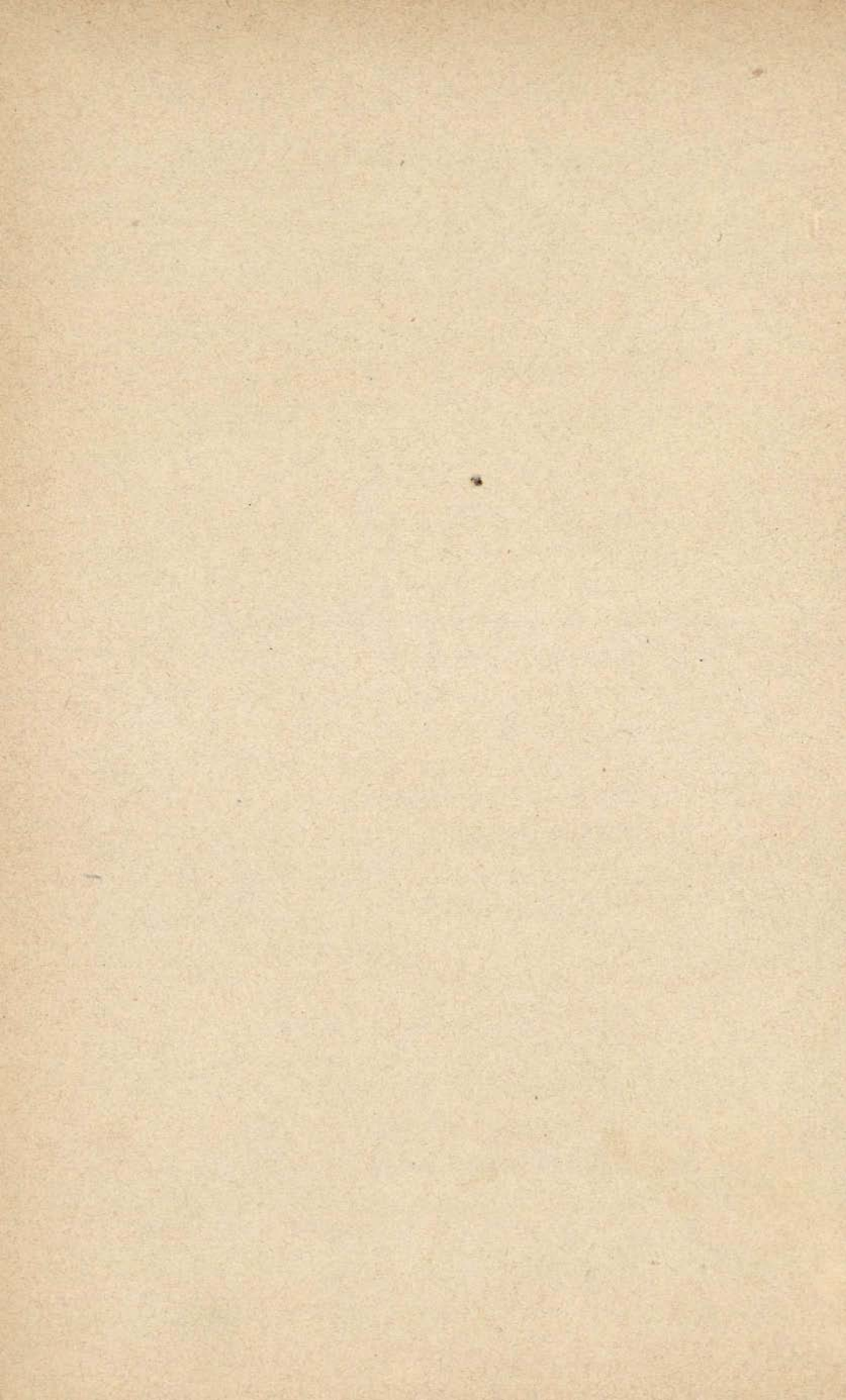
¿Conque sabiendo que va
una chica nueva, quieres
que me quede sin bajar?

—¡Oye, es que te azvierto que ésa
no es ningún...

—¡Si te crearás

que yo soy algún mocoso
sin experiencia ni na!

Yo he tratao á muchas damas
¡y ya sé cómo hay que obrar!



¡OH, EL TRABAJO!...

Estando ayer tarde
con Paco Verdejo,
cóngruo esclarecido
y oficial perpetuo
de la distinguida
clase de primeros,
no sé si de Estado,
ó si de Fomento,
ó si de la Deuda,
ó si de Correos,
me habló *latamente*
de los sufrimientos
y de los vejámenes
á que están sujetos
los pobres que tienen
cargos del Gobierno,

y así me decía
con sentido acento
que partía el alma,
dando como ejemplo
lo mucho que sufren
donde él *gana* el sueldo:
—Vamos á las once,
(más bien más que menos),
y, como es costumbre,
desde aquel momento
son pocos los que hacen
cosa de provecho.
Uno dice chistes,
otro cuenta cuentos,
ora verdecitos,
ora deshonestos,
otro da patadas
en el pavimento,
éste pinta *monos*
en trajes ligeros,
aquél hace coplas
(malas, por supuesto),
y hay quien juega al tute,
quien canta en flamenco,
quien duerme la siesta
después del almuerzo
y sobre el pupitre

ronca con denuedo,
quien *echa* discursos,
quien habla de cuernos,
quien hace el borrico
y el gato y el perro,
y hay quien tira migas
á sus compañeros,
y quien tira pullas
y quien tira *huesos*.
Los más se divierten,
trabajan los menos,
y yo, que procuro
no dar mal ejemplo,
no me mortifico,
ni escribo, ni leo,
ni zanjo expedientes,
ni estudio, ni pienso.
¿Que juegan mis *cólegas*?
Pues yo también juego.
¿Que gritan? Yo grito.
¿Que duermen? Yo duermo.
Y de esta manera
pasamos el tiempo
sin choques, ni piques,
ni desasosiegos.
—¿Y hacen eso todos?—
le dije á Verdejo.

Y el hombre repuso:
—¿Todos? ¡No por cierto!
Hay primos que toman
las cosas en serio,
y echan, trabajando,
los bofes y el tuétano.
Ahí está Regúlez,
que es un pobre viejo
con catorce chicos
y un pulmón deshecho,
y aunque sabe el hombre
que él será el primero
que fenezca, el día
que haya movimiento,
trabaja lo mismo
que un picapedrero.
—Pero, hombre, ¿y los jefes?
—pregunté de nuevo.—
¿Por qué no corrigen
tamaños excesos?
Y él siguió:—¡Qué jefes
ni qué niño muerto!
Los jefes imitan
á los subalternos,
y grandes y chicos,
y malos y buenos,
cobramos la nómina

y ¡vamos viviendo!»
Quedé pensativo
por breves momentos
y luego me dije
para mi colete:
¡Esto es vergonzoso!
¡Esto clama al cielo!...
¡Pero quién tuviera
ocasión de hacerlo!

GAJES DEL OFICIO

—¿Y dónde va á darse el golpe?

—En la calle de la Greda,
junto á la choricería
que hay bajando á mano izquierda,
en casa de uno que ha sido
de Aduanas, allá, en América,
y que acaba de venirse
con más dinero que pesa.

Lo cual que, como comprendes,
nos hacen falta herramientas
pa el azto, porque las otras
las dejemos en la tienda
de comestibles el día
que hicimos la última tiente.

—Se le piden al Berzotas.

—Conviene que no lo sepa,
porque si no le dan parte,

va y se chiva y nos revienta,
como ocurrió en el asunto
de la calle de Carretas.

—Te lo digo porque creo
que tiene la palanqueta
que usaba el pobre Benizno,
que en gloria esté.

—¡Que la tenga!

Compramos una de lance
por tres ú cuatro pesetas,
y así no hay nesecidaz
de que él ni nadie se meta
donde hace la misma falta
que los perros en la iglesia.

—Bien, no me hagas caso, Vitor.

—En este negocio no entra
ninguno más que nosotros
y el *Zurrón*.

—Como tú quieras.

—Mira, la cosa va á hacerse
de la siguiente manera:
el amo del cuarto vive
sólo con la cocinera,
y se va todas las noches
á Apolo á ver la *Verbena
de la Paloma*; es decirte
que hasta eso de la una y media

no suele volver á casa
nunca. ¿Comprendes la idea?

—Sí.

—Bueno. Yo le he pedido
quereres á la doméstica
(que es, aquí pa entre nosotros,
más bonita que una reina),
y me ama tanto, que hoy día
si la mando rodar rueda,
porque cree que nos casamos.

—Puede que no.

—¡Tengo pruebas!

—¡Entonces sí!

—De resultas
de la intimidaz que media
entre uno y otro, la he dicho
que quiero tener con ella
una entrevista en su casa
mientras el amo está fuera,
pa hablar de nuestros asuntos
matrimoniales.

—¿Y aceta?

—La mujer hizo al prencipio
su miaja de resistencia
por el pudor, pero luego
fué y dijo: «Lo que tú quieras,
Vítor». Conque hemos quedao

en que la entrevista tenga
lugar esta misma noche,
si Dios quiere. De manera
que nos vamos hacia allá
entre doce y doce y media,
próximamente, *el Zurrón*
y nosotros; tú te quedas
en la calle pa distraer
al sereno y la pareja
en cualquier tienda de vinos
de por allí; tan y mientras
nos colamos en la casa
donde vive la interfezta,
doy dos ú tres golpecitos
con suavidad en la puerta,
la chica me está esperando,
abre, me echo encima de ella
pa que no le choque, pongo
al *Zurrón* de centinela
junto á la muchacha, y luego
límpio el local y ecetera.
Conque, ¿qué opinas, Felipe?
—¡Que me río del Candelas
á tu lao!

—Gracias... pero oye.

—¿Qué?

—Que ahora caigo en la cuenta

de que tienen perro.

—¡Atiza!

¡Pues entonces cualquiera
va y ejecuta el negocio
pa que le rompan la cresta!

—Nosotros le ejecutamos,
porque le pido la perra
al señor Pepe, el sillero
de la calle de las Velas,
esta tarde, la llevamos,
se ven, se huelen, congenian,
y si sale mal el golpe,
dejo que me corten ésta.

Conque ¿qué dices?

—Que estoy

muy acorde con tu idea.

—¿De modo que irás?

—¡Pa chasco!

—¿Dónde te espero?

—Me esperas

á las diez ú diez y pico,
en casa de la Grabiela.

—Pues entonces, hasta luego.

—Hasta luego...

.....

—¡Anda, la vértiga!

Pero ¿qué sus ha ocurrido?

—¿Pues no me ves la cabeza?

—Sí, pero...

—Na, pues que entremos
yo y *el Zurrón* y la perra
en cuanto tú introducistes
al sereno en la taberna;
di dos ú tres golpecitos
con suavidad en la puerta,
supusiendo que estaría
prepará la cocinera,
y alzaron el picaporte
y me dieron en la geta,
sin avisar, una tanda
de mamporros de primera,
al tiempo que me decían:
«¡Granuja! ¡Ladrón! ¡Boceras!»
El Zurrón salió de naja,
prencipió á ladrar la perra
al ver que el perro del otro
no armonizaba con ella,
y entonces salió el vecino
del bajo de la derecha
con un pedazo de estaca
más gorda que mi muñeca,
y entre los dos me pusieron
el cuerpo como una breva,
después de que me limpiaron

dos puros y tres pesetas.

—¡Vaya una pata que tienes,
Vítor!

—Es verdaz, pero estas
lesiones van á costarle
disgustos á la doméstica.

—¡No te cebes en la pobre!

—¡Mira que no! Pa que sepa
que á mí, cuando me hacen una,
me la pagan de cabeza:
dende hoy ya no la dirijo
ni el saludo tan siquiera.

UN POLÍTICO

—¿Tú qué eres?

—Republicano
de Orcasitas.

—¡Buena idea!

¿Y qué adelantas con eso?

—Lo que tú con ser de Illescas.

¡Vaya unas preguntas que haces!

Adelanto que si llega

un día, que pué que llegue,

de que triunfe nuestra idea

y sube Pi, ú Salmerón,

el Esquerdo ú el que sea,

pué que me hagan algo.

—Sí,

pué que te hagan...

—Cualisquiera
que te oiga hablar de ese modo,

de seguro que se piensa
que yo, dentro del partido,
soy cuasi un cero á la izquierda,
y no lo soy, porque el hombre
que ha tirao toda su hacienda
por la causa, me parece
que es alguien aquí y en Cuenca,
y que tié occión á que el día
de mañana se le atienda,
si no en efeztivo, al menos
en algo que se parezca.

—¿Pero qué estás ahí ladrando
y á qué la das de eminencia,
si no has tenido en tu vida
dos miserables pesetas?

—¡Hombre, bueno, muchas gracias!
Que esa ojeción me la hiciera
cualisquier estraño, pase,
porque no hay nadie que tenga,
bien mirao, la obligación
de saber vidas ajenas;
pero que tú, por ejemplo,
te haigas atrevido á hacérmela
de esa forma, conociéndome,
parece una cosa fea.

—Tú sabrás por qué.

—Primero,

porque un amigo de veras
no debe hacerle á otro amigo
jamás una acción como esa,
y segundo, porque faltas
á la verdaz á sabiendas.

—¿De modo que miento?

—Claro.

Dí, ¿no has sido tú albacea
de mi padre que esté en gloria?

—Sí.

—¿No estuvistes tú cerca
del pobre, en el mismo instante
de que perdió la conciencia
de sus aztos y le dieron
las cuatro náusias aquellas
antes de morir?

—Estuve

sentao á su cabecera.

—¿No cerrastes tú sus ojos?

—Uno na más.

—Los que fueran.

—El otro, si no me engaño,
se le cerró la Teresa
por lo sufrido que en vida
fué tu buen padre con ella.

—¡Valiente brutal!

—En efezto,

sí que recuerdo que lo era.

—Pues recordando esas cosas tan bien, ¿cómo no te acuerdas de que al fallecer mi padre me entregastes tú de herencia deciséis duros y un fuelle de fragua, que en mala venta me produjo, á los tres días de morir él, seis pesetas?

—Bueno, pero el fuelle estaba hipotecao.

—La hipoteca del fuelle, que como sabes importaba una miseria, no la pagué, con ojezto de que luego no dijeran, y como además mi padre tuvo la sabia ocurrencia pa no serme muy gravoso de morir en la Princesa, la conducción del cadáver me costó una friolera, porque fué englobao con otros en el furgón.

—¡Qué vergüenza pa ti!

—Pa mí no, pa el pobre,



que fué con la gente aquella
más inferior en talento
y en posición y en guapeza.
Pero, en fin, aquí se trata
de probarte á ti con pruebas
que yo he tenido en el mundo
muchas veces dos pesetas
y riñones pa gastármelas
con la república, ú sea
con la nación.

—¡Bueno, bueno,
apúntate las que quieras!
—Haz el favor de escucharme
con un poco de pacencia.
Mira, cuando el movimiento
de Badajoz, por más señas,
yo, Celedonio Menéndez,
le remetí á Asensio Vega
noventa riales y un mazo
de puros pa que pudiera
dar el grito. ¡Yo, Menéndez!
Lo cual que desde esa fecha,
cuando yo digo una cosa,
la hace too dios de cabeza
en el comité, y lo puedes
averiguar cuando quieras.
Luego estuve sufragándole

la mantención á un corneta
emigrao, más de ocho días,
y Pi me escribió una esquila
diciendo que así se portan
los ciudadanos de veras.

Y últimamente he podido
perder hasta la pelleja,
porque si en lo de Setiembre
no salí con los de Albuera
y Garellano, toos saben
que fué por la coincidencia
de tener la carabina
empeñá con otras prendas,
y de que la Udosia estaba
de mi chica la pequeña,
y no era cosa tampoco
de darla un disgusto en esas
circunstancias.

—Muy bien hecho.

—Ahora díme con franqueza
si un sujeto tan costante
y tan aznegao que llega
hasta á vivir del honrao
trabajo de su parienta,
por no dejarle la causa
tiempo material siquiera
pa ocuparse de su oficio,

tié occión á una recompensa
si sube Pi ú Orcasitas,
ú Salmerón ú el que sea.

—Lo menos que deben darte
es un obispao cualquiera.

—Tanto no, pero cartero
de esos de las becicetas
ú concejal, sí que deben
hacerme si tien vergüenza.

¿No te paece, Severiano?

—¡Qué han de hacerte á ti, so acémila,
si vales prósimamente
lo que un catre de tijera!

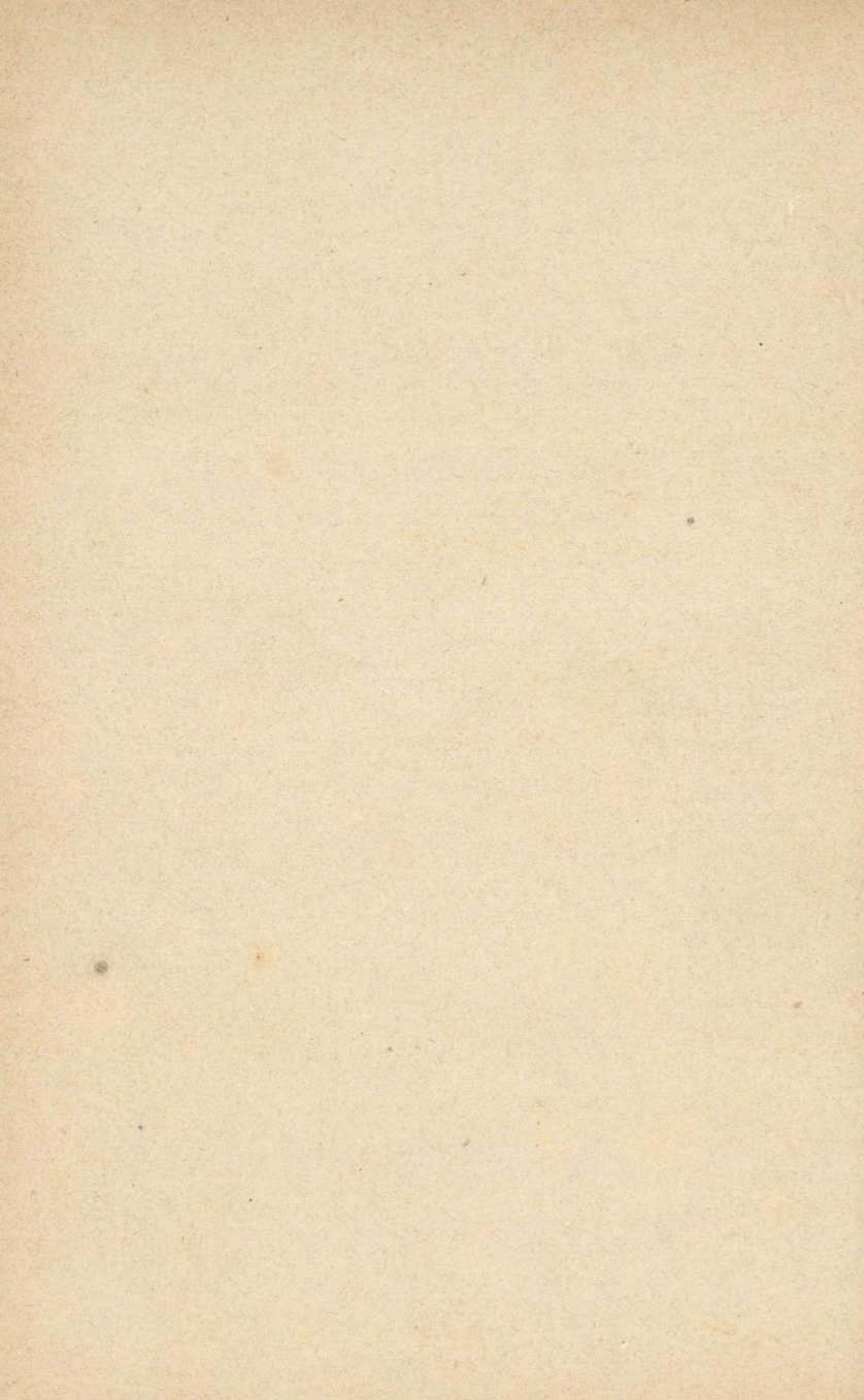
—¡Bah, ya has levantao las ancas!

Y no te rompo dos muelas
ú tres, pa que te acostumbres
á hablar con personas serias,
porque conocí á tu madre
antes de que tú nacieras,
y al pégarte á ti me haría
daño en mi propia concencia.

—¡Muchas gracias!

—Á tu madre.

Á mí no me lo agradezcas.



SERMÓN PERDIDO

—Últimamente, usted, como es su madre, puede usted ponderar á la Cirila y decir que es más guapa que la Virgen y más honrá que la Cibeles misma, porque una madre, aunque esagere un poco, siempre está disculpá, señora Isidra; pero el hacer que yo cargue con ella, ni más ni menos que si fuera un lila, eso no puede hacerlo en este mundo ni usted, ni Dios, ni el capitán Ariza.

—No comprendes mi idea.

—Por lo mismo que la comprendo á usted, señora Isidra, contesto así.

—¿Pero es que por si acaso digo yo que te cases con la chica?

—Es usted una mujer demasiao seria pa decir semejantes tonterías.

—¡Pues entonces!

—Señora, hablemos claro, como se debe hablar: es que hoy en día su muchacha de usted no me conviene ni casá, ni soltera, ni azderida.

—¿Por qué, Miguel?

—Por dos ú tres razones.

—Ten la bondaz, si quieres, de decírmelas.

—La primera es que no me da la gana, y las otras...

—Las otras no las digas, que basta la primera pa probarme que serás un ahorcao toda tu vida.

—¿Qué es lo que dice usted?

—Lo que has oído.

—Bueno, suénese usted, señora Isidra, y haga el favor de oír cuatro palabras sin dirigirme frases ofensivas, porque aunque uno venere á los ancianos y tenga educación, eso no quita para que en cierto modo, si se terciá, pueda ponerle á usted la mano encima.

—¡Y un jamón además!

—En fin, contínuo, si es que me deja usted.

—Por mí, contínuo.

—Yo he tenido la suerte ú la desgracia

de usufrutuar un año á la Cirila, más bien que por aprecio á su persona, por complacerla á usted, que no tenía más delirio que el cruce de la sangre de las dos ramas; pero usted, que es viva, tiene que saber ya, prácticamente, que el hombre que conoce á la Cirila por la primera vez, no se arregosta á volver á tratarla.

—Otros podrían decirlo con razón, porque no siempre puede ser la mujer consecutiva; pero tú, descastao, que la has tenido á la pobre mujer de noche y día propiamente lo mismo que una burra, porque has hecho con ella hasta herejías; tú, que la has obligao á ciertos aztos sin sentido común (que á mí podías habérmelos mentao, pa haberte roto toos los dientes de abajo y los de arriba), ¿qué tiés tú que afearla?

—Muchas cosas.

—¿Cuálas?

—Principie usted porque la chica es un sí es ú no es frígil.

—No te entiendo.

—Lo siento de verdaz, señora Isidra,

porque no hay otro modo de decirlo sin faltar al pudor.

—Pues no lo digas,

Miguel, que, poco más ú poco menos, carculo el disparate que dirías.

—Luego, además de frígil, se conoce que le tiene reparo al agua fría, y suele suceder que menosprecia su aseo personal una mijita.

—Esa falta, si lo es, la habrá aprendido de ti, Miguel, porque ella era bien limpia cuando tú prencipiastes á tratarla.

—Quizás que sí; pero hay, señora Isidra, cosas que son un don en los varones y en las hembras son una porquería.

—Tú mientas los defeztos, pero poco te se ocurre decir que mi pobre hija ha estao sacrificá bajando al río too el invierno, criando y sin camisa, pa llenarte el zurrón y pa que nunca te faltase tabaco ni bebida.

—Oyéndola á usté hablar, cuasi parece que me ha estao manteniendo de rositas, como si yo no hubiese hecho por ella cosas que valen más que la comida.

—¡Tú que has de hacer!

—Y sobre too, señora,

lo que está usted diciendo son pamplinas, porque habiendo indicado yo claramente que no me hace el avío la Cirila hoy por hoy, lo que se hable del asunto es gana de gastar tiempo y saliva.

—No te ocoques, Miguel, y reflexiona con reposo lo que hagas.

—Bueno.

—¡Mira

que está loca por ti la pobre, y puede que le cueste el pellejo la noticia!

—Lo que sobra en el mundo son pellejos, y no se ofenda usted porque lo diga.

—¡Si no lo haces por ella, ten entrañas, y hazlo por esa pobre inocentita!

—Dígaselo usted á Paco, el colchonero, que él tiene más apego á la familia.

—¿Es decir que te niegas?

—Me parece.

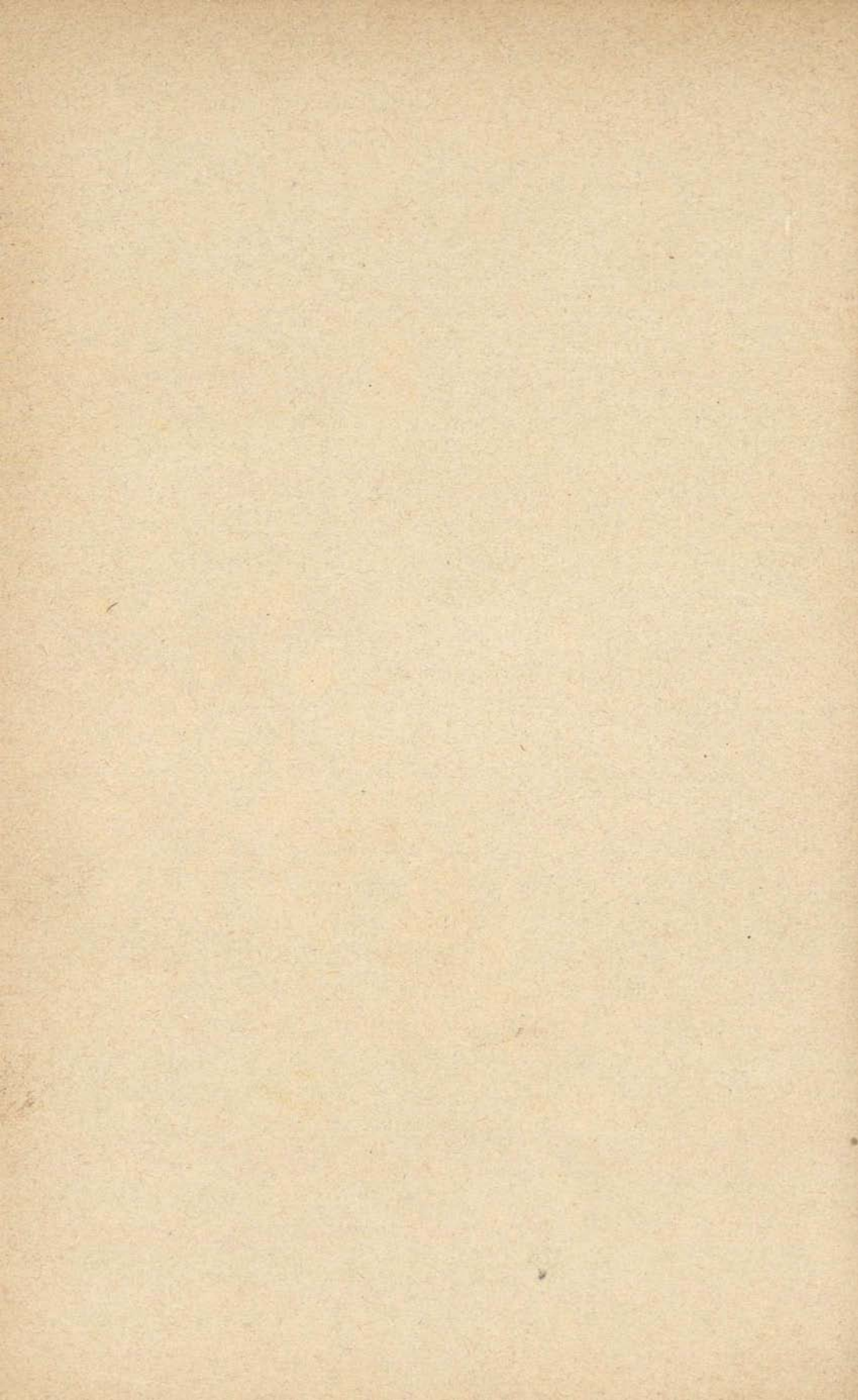
—¡Pues ojalá que estés toda tu vida casao con una bruta sin vergüenza que te ofenda seis veces cada día!

—Tendré conformidaz.

—Y tendrás...

—Eso

no es de cuenta de usted, señora Isidra.



Un genio fuerte.

—Mira que yo he conocido
carázteres violentos,
porque trato con muchismas
personas de los dos sesos,
y entre ellas las hay que tienen
los riñones muy bien puestos,
como le ocurre á la propia
Juliana, sin ir más lejos,
que en cuanto que va y se atufa
ya me está zumbando el cuerpo;
pero lo que es así, un pronto
como el de Pepe el gorrero
y una forma de espresarse
como la suya, me juego
la cabeza á que no existe

quien lo tenga, Baldomero.

—¿Por qué lo dices?

—Lo digo

porque si no es por mi genio,
hace tres ó cuatro días
hay un disgusto muy serio
entre él y yo. Pero cómo,
de mala ley.

—No te creo.

—¿Que no? Pues oye el relato
y dime si desagero.

Salía yo la otra noche
de en casa de *Paco el Feo*,
y acababa de dejar
con su madre á la Loreto,
cuando al revolver la esquina
de la plaza del Pogramo,
me di talmente de bruces
con Luisa la del gorrero
que iba á entregar. Conque al verme
me saluda, la contesto,
me echa mano á la chaqueta,
porque tiene ese defezto
como sabes, y clavándome
aquellos ojazos negros,
que cuando le miran á uno
le hacen perder el sosiego

y la educación, se arranca
y va y me dice (éstas fueron
sus palabras, entoavía
paece que la estoy oyendo):
«He visto en el mundo tíos
ingratos y chapuceros,
pero lo que es tú, Manolo,
le echas la pata á toos ellos.
—¿Quién, yo?

—Tú, sí.

—¡No ponderes,
mujer!

—¡Ah, conque pondero,
cuando hace ya quince días
que no te se ha visto el pelo
por allí! Desde que tienes
amistaz con la Loreto
la chalequera, no sabes
andar más que entre chalecos,
porque si andas entre gorras
puedes pringarte, ¿no es eso,
Manuel?

—No, Luisa; es que á Pepe
le azara que vaya á veros
y sé que si voy, es fácil
que haiga piques, y no quiero.
Ya sabes que sos estimo,

pero como á él se le han puesto
 en la cabeza esas cosas
 tan sin sustancia, me temo
 que se deje ir de la lengua
 cualquier día y la arreglemos,
 porque él tiene su carázter
 y yo el mío.

—Si es por eso,
 no te prives de ir á casa,
 porque allí toos te queremos.
 Y últimamente, si tiés
 esa aprensión, buen remedio:
 con ir cuando no esté Pepe,
 arreglao. ¿Conque te espero?

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que te calles!

—¡Que eres un charrán y un puerco!

—¡Que tú quiés comprometerme!

—¡Que tú lo que tiés es miedo!...»

En total, chico, que el lunes
 pasao, si mal no recuerdo,
 me bajé, pa darla gusto,
 hasta su casa. Conque entro,
 y así que me ve la Luisa,
 que estaba sola por cierto,
 tira la obra de las manos,

se viene hacia mí corriendo
y empieza con chirigotas
y carcajás y bromeo
y á hacerme de reir las tripas
con sus cosas. Por supuesto,
sin traspasar de los límites
naturales del aprecio,
porque ésa es de las que tienen
un carázter algo abierto,
pero na más.

—La conozco
dende que empezaba.

—Bueno;
pues se habrían pasao unos
veinte minutos, ó menos,
dende que llegué á su casa,
y la estaba yo diciendo:
«¡Vamos, mujer, no pellizgues,
que haces daño!» cuando en esto
levantan el picaporte,
penetra Pepe y, al vernos,
dice, poniéndose en jarras
y vomitando veneno
por la boca: «¡Qué bonito,
y qué propio y qué correzto!
Quiere decirse que si ahora,
en lugar de ser yo el que entro,

es una persona estraña
y va por ahí con el cuento,
hago yo un papel decente,
¿no es verdaz? ¡Pues, hombre, bueno!»
Á lo cual yo, levantándome
de la caja del brasero,
le repuse: «Y si tú, en vez
de entrar como entran los cerdos
en la cuadra, hubieras dicho:
«¿Se pué pasar?» que es lo rezto,
no darías ahora coces
como las das, ¡so zopenco!
La Luisa es una señora
y yo soy un caballero,
y tú no has debido nunca
ponerte como te has puesto
sin razón». Conque él entonces
soltó un dicho muy grosero,
se escupió así las dos manos,
agarró un bastón de hierro
y, acercándose á nosotros,
dijo: «¡Me voy por no versos!»
Y se marchó y dió un portazo
que hizo retemblar el suelo.
—¡Qué bárbaro!

—Y ahora díme,
con franqueza, si no tengo

razón pa hablar del carázter
de ese hombre.

—Chico, lo creo
porque tú me lo relatas,
pero no es ése su genio.

—Tú le conoces por fuera
y en visita toos son buenos;
pero alterna con la Luisa
y verás lo que son tuétanos.

NUESTROS MENDIGOS

—Tú chilla too lo que quieras,
pero, de hoy en adelante,
la noche que no me traigas
lo menos catorce reales
de recolección, te pongo
la cara como un tomate
y además duermes al raso
por besugo.

—¡Pero, padre,
si es que no hay quien dé dos céntimos
aztualmente!

—Es que no vales,
bien tasao, ni tan siquiera
lo que costó cristianarte.

—¡Vaya una patá!

—¡Reconcho!

—¡Pues es claro! ¿Usted qué sabe?
Como usted se está too el día
de Dios tumbao en el catre
y no pone usted hace un siglo
las pezuñas en la calle,
se piensa usted que los pájaros
maman, y no maman, padre,
porque ahora no hay tantos pipis
que den limosna como antes,
y los poquitos que quedan
ya tienen otros carázteres.
Hoy en día va usted y dice
que se le ha muerto su madre,
ú que tié usted la cangrena,
ú que está usted muerto de hambre,
ú lleva usted en cualquier remo
una llaga de las grandes,
de esas barnizás y todo,
y viene á ser, cuasi cuasi,
como tocarle á un difunto
el hizno de Garibaldi,
porque no trompieza usted
ni con un dios que se ablande.
Yo he sido ciego un porción
de veces, como usted sàbe,
y he salido con lesiones
como no las saca nadie,

porque me las ha hecho siempre
el más périto en el arte;
yo he andao la mar de tiempo
al arrastra por las calles
de Madriz, con un pedazo
de suela en salva la parte,
y hasta he tocao la bandurria
con la uña del dedo grande
del pie, pa probar que estaba
dislocao; pero no ostante,
en jamás he recogido
arriba de nueve riales,
ni creo que haiga en el mundo
quien saque más.

—¡Vamos, cállate

y no relinches, que á veces
da no sé qué el escucharte!
¿No tienes ahí á tu hermana,
que es una chiquilla cuasi,
y ya saca lo indecible
todas las noches que sale?
¿Cuándo se viene tu hermana
sin un duro por delante?
¡Nunca en jamás! porque tiene
tan delicao el carázter
que si hay, por casualidaz,
un día que no lo saque,

no viene á dormir á casa,
de vergüenza.

—¡Mia qué lance!

¡Si yo fuera de su seso
pué que también lo sacase,
pero salga usted, que es hombre,
y á ver los milagros que hace!
—¿Quién, yo?... ¡Quítate la boina
cuando mientes á tu padre,
que es el non pus de los méndigos
de toda España!

—¡Quizaque!

—¡Pero ven acá, berzotas!
¿Podrás tú nunca dejarles
á tus hijos, si los tienes,
porque ni aun para eso vales,
un nombre ilustre en el gremio
y una casa y dos solares,
como yo dejo á los míos
el día que Dios me llame?
¡Como no les dejes lumbrel
—Ú lo otro.

—¡Qué has de dejarles!

¡No digas mientras yo aliente
que tienes la misma sangre
que yo, porque nos calunias
á mí y á tu pobre madre,

y ensucias el apellido
de Ruiz.

—¿Quiere usted callarse,
ú es que le queda á usted cuerda
pa un rato?

—Pa media tarde,
si me se antoja.

—¿Sí? Bueno;
entonces que usted descanse.

—¡Venga usted aquí!

—¡De verano!

—¿Pero ande vas?

—Á la calle.

—¡Oye!

—¡No me da la gana,
que es usted muy bruto, padre!

UNO DE TANTOS

Es Crisógono Besúguez
un calabacín relleno
que, cansado de ver aulas
y de cosechar suspensos,
ahorcó los libros de estudio
por no congeniar con ellos,
y se metió á periodista,
para deshonra del gremio,
de igual manera que pudo
meterse á banderillero.
No sabe nada de nada,
y en eso estriba su mérito,
porque aunque todo lo ignora
no se amilana por ello,
y sin que á nadie le importe
conocer su pensamiento,

él da opiniones acerca
de los asuntos más serios
en *El Grito del Percebe*,
que es donde ha metido el cuevo.
¿Publica un libro Pereda?
Pues Crisógono al momento
se arranca con un opúsculo
de cuatro pares y medio,
para probar á Dios Padre,
con sólidos argumentos,
que el libro es una bobada
y Pereda un majadero.
¿Estrena un drama en tres actos
el propio Hacedor Supremo?
Pues él hace un *juicio crítico*
y pone á Dios como nuevo.
¿Predica en las Calatravas
el padre X, por ejemplo,
ó discuten en las Cortes
una ley de presupuestos?
Pues ya se sabe, Besúñez
escribe un fondo y tres sueltos
poniendo azul al sistema
parlamentario y al clero.
¿Establece Fulanito
un depósito de huevos
y obsequia á los periodistas

con puros de á quince céntimos?
Pues *El Grito del Percebe*
sale en seguida diciendo,
de seguro, que á Fulano
nadie le aventaja en eso.
Nada para él hay difícil,
que abarca todos los géneros,
y lo mismo hace una crítica
literaria de altos vuelos,
que da instrucciones acerca
de la cría del conejo,
ó que promueve una crisis
con un artículo enérgico.
Para él no hay ministro honrado,
ni cómico de talento,
ni militar aguerrido,
ni tiple sin trapicheo,
ni periodista que valga,
donde él está, cinco céntimos.
Llama al sainete bazofia,
y *currinche* al sainetero,
y al escritor chupa tintas,
y al letrado pica pleitos,
y al músico sopla pitos,
y *arbañil* al arquitecto.

.....
.....

· ¡Vaya usted á estudiar el mundo!...
Besúguez, que es un torrezno
cansado de pisar aulas
y de cosechar suspensos;
Crisógono, que decía,
y aun dice, *púpitre, périto,*
inquinia, calomecano,
haiga, conjugüe y ojepto;
él, á quien cuando se hablaba
de brutos de nacimiento,
sus condiscípulos siempre
le ponían como ejemplo,
hoy es un arma terrible
y todos le tienen miedo...
Menos mi humilde persona
y el de la tienda de huevos.

Interrogatorio.

A MI QUERIDO AMIGO EL NOTABLE PINTOR ANGEL ANDRADE

—¿Me da usted una cerilla, señorito?

—¿Para qué?

—Pa encender este cigarro.

—Pero, chico, ¿tú fumas?

—Ya lo creo:

como que ayer cumplí deciséis años
y hace ya la mitaz, como quien dice
que me busco yo solo los garbanzos.

—¡Tú sólo!

—Sí, señor.

—¿Y en qué trabajas?

—Talmente trabajar, yo no trabajo,
pero cojo colillas por las calles
y después se las vendo á uno del Rastro

pa que las dé unas friegas con espíritu
ylas ponga otra vez en el estanco.

—¡Poco sacarás de eso!

—No es gran cosa,
pero, gracias á Dios, con lo que saco,
la Chupitos y yo vamos decentes.

—¿Y quién es *la Chupitos*?

—Pues mi apaño.

Ella andaba por ahí con otros golfos
en cueros vivos y durmiendo al raso
y comiendo un porción de porquerías
de esas que quitan carnes y dan flato;
pero un día nos vimos, casualmente
recién lavaos, y nos choquemos tanto
que, cuasi sin hablar, como quien dice,
acordemos los dos el agregarnos.

—¿De modo que tendrás que mantenerla?

—Por ahora no, porque comemos rancho,
un día en el cuartel de la Montaña
y otro día en San Gil ú en el Rosario;
lo cual quiere decir que con un churro
y un poco de Monóvar que tomamos
ande nos viene bien por los mañanas,
hace uno su negocio.

—Pero, en cambio,
la tendrás que vestir.

—Hombre, unas veces

la visto, y otras veces lo contrario, ella me viste á mí; porque ella tiene, pa que se entere usté, muy buenas manos y ya gana bastante.

—¿Recogiendo colillas?

—No, señor; en otro ramo.

Ella se anda en pañuelos, pero es fácil que pase á remontoirs antes de Mayo, si la conserva Dios, como hasta hoy día, luz en la vista y en los dedos tazto.

—¿Y no te da vergüenza que la gente se entere de que andáis en esos tratos?

—¡Vergüenza á mí! ¿Por qué? Si más ó menos semos ladrones toos.

—¡Pero muchacho!...

¿Tú sabes lo que dices?

—¡Ay, qué gracia!

¡Que si sé lo que digo! ¿Qué apostamos á que si no esistieran los presidios había más ladrones que garbanzos, y á que le daban la castaña al Verbo muchos que van de bimba y gabán saco?

—¿Quién te enseña esas cosas?

—Á mí nadie.

—¿Tienes familia?

—Sí; catorce hermanos,

de madre toos.

—¡De madre solamente!

—Sí, señor.

—¡Qué rareza!

—Sí que es raro,

pero fué la mujer tan desgraciada
que se quedaba viuda toos los años.

Así es que, bien miraos, nos parecemos
igual que un par de huevos á un canario.

—¿Y tus hermanos qué hacen?

—Por áhi andan

buscán dose honramente cuatro cuartos.

Pepe, que es el mayor, pide limosna
por las noches y saca un buen diario,
porque tié malas pulgas, y si alguno
dice que Dios le ampare, le da un palo.

El otro que le sigue es periodista
y además hace zorros, toca el piano
y vende camarones. El tercero
afeita cara al sol junto al fielato
y le sube la ropa á una del río
los días que no tié mucho trabajo,
y el cuarto está de huésped en Ocaña
por una temporá.

—¿Por qué?

—Por blásfemo

y por darle lecciones sin pedírselas

al que hace los billetes en el Banco.

Toos los demás hermanos son hermanas.

—¿Y hacen algo también?

—¡No han de hacer algo!

Las cosas de su seso.

—¿Están sirviendo?

—Na más que algunas, porque tres ú cuatro no sirven ya, según me han dicho anoche, porque yo hace un porción que no las trato!

--¿Con quién vive tu madre?

—Con la Ulpiana,

la pequeña, que tié decinueve años y un cutis y unas formas, que talmente se está viendo á la virgen del Amparo.

Pué que usted las conozca, porque suelen el ir de noche á entretenerse un rato, ú bien al Oriental, ú bien á Eslava.

—Si las conoceré.

—¡Toma, pa chasco!

Mi hermana es una chica regordeta que acostumbra á llevar siempre colgando too el pelo por detrás, y además gasta un sombrero de celpa con dos pájaros y botas encarnás de terciopelo con guarniciones de pellejo blanco. Es la que está mejor en la familia. Verdaz que es una fiera trabajando,

porque en diciendo que mi hermana dice
que á trabajar, too el mundo boca abajo.

—¿Y qué hace?

—¿Qué? Lo mismo que las otras.

—¿Las cosas de su sexo?

—Pues es claro.

Pero dígame usted, y usted perdone:

¿va usted á hacerme el padrón, ahora que caigo?

¿Ó no es na más que un vicio de la sangre
eso de hacer preguntas á destajo?

—Toma y calla.

—¡Releñe, una peseta!

—¿Ahora qué vas á hacer con esos cuartos?

—Comprarle á *la Chupitos* unas ligas
y una caja de polvos de los caros,
con permiso de usted.

—Qué, ¿también gasta
de eso?

—¿Quién, *la Chupitos*? Á too pasto.
Le ha dao por la finura y por el lujo
desde que vió á mi hermana, no sé cuándo,
y lo que es hasta el día que ella tenga
un sombrero de celpa con dos pájaros
y botas encarnás de terciopelo
con guarniciones de pellejo blanco
no para.

—Puede ser que lo consiga.

—Pa mí que sí, señor, y pronto.

—Vamos,

anda con Dios y que recojas muchas.

—Se agradece, y ya sabe usted ande estamos
ella y yo: por el día en el arroyo
y de noche en la calle del Amparo,
ciento cuarenta y tres, piso tercero,
segundo corredor, número cuatro.

SOBRE EL HONOR

—Bueno, mira; tú figúrate
que yo soy un señorito
de esos que hay por ahí que llevan
la levita hasta el tobillo,
y figúrate, de paso,
que tú eres otro lo mismo,
y que un día en una juerga
perdemos el equilibrio
(porque también á esa gente
suele hacerle daño el vino),
y que como estoy borracho
ú endispuesto, mejor dicho,
me se antoja el provocarte,
y al provocarte te digo:
«Su padre de usted es un cerdo,
y su madre de usted un pingo».

Ú suponte que me gusta
tu mujer, y te denigro
el hogar, y además de eso
se lo cuento á los amigos
pa dármela yo de tuno
y ponerte á ti en redículo.
¿Qué haces entonces?

—Te corto
la cabeza.

—Yo te digo
si en lugar de ser fumista,
como eres hoy, fueses título.
—Te la cortaba igualmente,
porque un duque y un ministro
deben ser hombres lo propio
que yo, que tú y que el vecino.
—Sí lo son, pero ellos obran
de otro modo. Mira, Emilio:
si tú eres duque y yo te hago
la última ación que te he dicho,
tu primer pronto es marcharte
pa casa muy resentido
y decirle á tu señora
con aire despreciativo:
«Señora, ya sé los aztos
que ejecuta ustez conmigo,
y va ustez, por consiguiente,

á dispensar si la digo
que es ustez una cocote
indizna de un hombre dizno».

—¿Y qué quiere decir eso?

—Pues quiere decir lo mismo
que lo que tú le llamastes
el día de San Isidro
á la Pura, solamente
que como tú no eres fino
la dijistes otro término
más corto y más repolsivo.

—Pa el resultao, igual tiene.

—¿Pero no está mejor visto
el que te llamen acémila
si te han de llamar pollino?

—Sí.

—Pues ése es el asunto;
lo que hay que decir, decirlo
de modo que llegue adrento
sin que se ofenda el oído.

—¡Pamemas!

—No son pamemas...

—Bueno, continúa.

—Contínuo.

Pues, como te iba diciendo,
después de hacer lo que he dicho,
tú te desapartas de ella

y me mandas un padrino,
ú dos, pa que me pregunten
si el denigrarte yo ha sido
con idea de ofenderte
y de tomarte de pito,
y yo, que soy caballero,
y no quiero que ni Cristo
se crea que escurro el bulto
ni piense que me rechiflo,
contesto que sí en el azto
y se aceta el desafío,
y nos vamos al terreno
con unos cuantos testigos
y médico y medecinas
y la Biblia, si es preciso.
Luego, allí, nos enzarzamos,
pero yo, que soy más vivo,
y que además tengo el tubo
del quinqué mucho más limpio,
voy y en cuanto te descuidas
te atravieso un entestino,
supongamos. Es decirte
que, encima que te fastidio
en tu entimidaz doméstica
y te empañó el apellido,
te tiés que estar en un lecho
dos ú tres meses seguidos,



rascándote las lesiones,
mientras que nos sonreímos
yo y tu señora. Eso sí,
luego tú te quedas limpio,
y no hay quien pueda en el mundo
decir de ti lo más mínimo,
y hasta tiés occión, si quieres,
pa volver á ser mi amigo,
porque después de lavarte
la honra sigues siendo dizno.
—¿Y pa qué son las navajas
entonces?

—Pa esos perdidos
que arreglan toos sus asuntos
sin miaja de razocinio.

—Bueno, ¿y tú qué opinas?

—Hombre,

mira, yo, si he de ser sincero,
no conozco los afeztos
del matrimonio legítimo,
pero estoy en que se debe
obrar como obran los títulos,
por más de cuatro docenas
de razones y motivos.
Tú dirás que las navajas
están hechas de lo mismo
que las espás y los sables,

y que hacen falta más hígados
pa solventar un asunto
con faca ú con verdugillo,
porque como son ojectos
más cortos, hay más peligro;
pero esas son tonterías
que tenemos los de oficio.
Lo primero es la coltura.
—¿Pues sabes lo que te digo?
Que si á mí, siendo fumista,
me haces la ación que tú has dicho,
y me ponen, de resultas,
motes de esos, alusivos,
me achanto, pero te espero
cualisquier noche en el quicio
de una puerta, y cuando pases
por mi lao, ya te has caído,
porque te clavo la faca
por detrás y te hago cisco.
—Y resulta que te agarran
y te llevan á presidio,
y que luego, si se tercia,
te purgas en un patíbulo
afrentoso, mientras tanto
que, obrando á lo señorito,
aunque dejes á uno seco,
ni Dios se mete contigo.

—¿Y qué? Más vale ir á Ceuta
por despenar á un cochino,
que andar suelto por el mundo
con el honor hecho un pingo.

—No estamos acordes.

—Bueno,

pues lo siento mucho, chico,
pero ca cual tié su modo
de matar pulgas, Servilio,
y éste no será elegante,
pero lo que es positivo...

EN EL PUENTE DE TOLEDO

EPISODIO DE CARNAVAL

Hecho un Tenorio por fuera
y una corambre por dentro,
al Canal, con otros puntos,
iba Isidro el zapatero,
divirtiéndose, según
él decía, más que el Verbo,
cuando inopinadamente
le heló la sangre en el cuerpo
Bruno el *Colín*, que le dijo
sobre poco más ó menos:
—Por el otro lao del puente,
á mano derecha diendo,
van retozando ahora mismo
tu mujer y el *Cirineo*,
y como, si bien se mira,
eso es faltarte al respeto,

y yo soy amigo tuyo
antes que na, te lo azvierto
pa que tú hagas lo que debes
hacer si es que tienes...

—Eso

ya lo sabe ella, y vosotros
no tardaréis en saberlo.

¿Ella de qué va?

—De tuna.

—¿Y él?

—Disfrazao con dos ruedos,
pero no llevan careta
y es fácil el conocerlos.

—Entonces, echar pa alante
que vais á ver lo que es bueno.

.....
.....

Quando al trasponer el puente
vió Isidro que, con efecto,
ambos á dos se entregaban
á bromas de muy mal género,
metió mano á la herramienta
y, encarándose con ellos,
les dijo imperiosamente:

—¡Mecachis! Pero ¿qué es esto?
Y cuando esperaban todos
que de vergüenza y de miedo

no sabrían replicarle
su mujer y el *Cirineo*,
él le llamó mamarracho
y ella le llamó cabestro.
Armóse con tal motivo
una que encendía el pelo
de mordiscos, bofetadas,
palos, coces é improperios,
y pasado que fué el trance
fatal, en que intervinieron
por parte de unos y de otros
veinte personas de mérito,
y vióse que el pobre Isidro
salió con un ojo huero
y con la ropa hecha trizas
y con el honor maltrecho,
en tanto que ella y el otro
lograron zafarse á tiempo,
le dijo en tono de lástima
uno de sus compañeros:
—¡Apañao tienes el ojo!
Á lo que él con triste acento
contestó:—¡El ojo qué importa!
¡El traje es lo que yo siento!
